

COLMENAR VIEJO, 12 DE FEBRERO DE 1630

El gobernador martilleaba con los dedos el escritorio en espera de una respuesta veraz, como queriendo dar a entender que su paciencia era infinita pero que, aun así, el tiempo apremiaba. Aprovechaba aquellos instantes para decidir si convenía iniciar un proceso contra aquel desgraciado. Por algún motivo intuía que sólo le traería problemas. Lo veía en el gesto imperturbable de su rostro, moldeado más por ignorancia y desatención que por carácter o premeditación. Sus ojos tan abiertos y su boca asimismo de par en par dejaban entrever una mente simple, casi traslúcida, se diría que necesitada de algún estímulo para ponerse a trabajar. El tamborileo del gobernador aumentó en frecuencia y sonoridad hasta acabar en un golpe seco sobre la mesa que hizo estremecer al pastor. Aprovechó su sobresalto.

—¿Y bien?... Estoy esperando —refunfuñó el gobernador.

—Ya se lo he dicho, señor gobernador, es como se lo he contado —se quejó Joan Herrero.

—Pues cuéntamelo otra vez ¡y desde el principio!, a ver si en esta ocasión consigues que me lo crea.

—Era el día de San Andrés, señor, y yo estaba guardando las ovejas de mi amo en la dehesa, en un sitio que llaman Las Gateras —comenzó a relatar Joan con resignación—. Cuando anocheció me eché a dormir junto al pajar de un vecino del pueblo que se llama Fernán García, y a eso de media noche soñé con una mina de oro. Aquella vez no hice caso del sueño, pero a la noche siguiente, en el mismo lugar, volví a soñar la mina y entonces sí que me revolví. No podía evitarlo. Sentía palpitations y me levanté como dormido, y como un sonámbulo fui a dar donde me dictaba el corazón que se hallaba el tesoro. Me desperté de sobresalto,

me santigué y quise alejarme de allí, pero no podía moverme, era como si tuviese los pies helados. Cuando pude andar, busqué unas piedras y las coloqué por señal para recordar el lugar.

–Y luego ¿qué hiciste?

–Me fui a dormir.

–¿Y lo conseguiste?

–No, señor, no pude pegar ojo.

–¡Continúa!

–Al día siguiente pedí un azadón a mi amo, que me preguntó para qué lo quería, y yo le dije que para cavar un tesoro que había soñado la noche anterior al cabo de la dehesa, donde pastaba su ganado. Esa misma madrugada cavé como una vara de fondo en el lugar señalado y hallé un cofre que a mi parecer era de hierro. Lo abrí; estaba amaneciendo y fue entonces cuando pude ver que dentro había una pieza de metal amarilla cuyas esquinas ofrecían unas marcas extrañas. Cuando conseguí abrir completamente el cofre saqué una barra dorada y con ella un tejo que parecía un plato. Pesaba mucho y me figuré que todo aquello era de oro. Dentro había muchas barras más y todo junto me pareció que pesaría cinco o seis arrobas. Al verme con aquello encima me dio cuidado, y sentí que estaba temblando, aunque también pensé que era por tanto peso como tenía abrazado al pecho. Llevé a esconder el cofre a la dehesa cerrada, junto a unos espinos. Hice un hueco con el azadón y lo cubrí bien y después limpié de tierra la zona para que no se echase de ver que había cavado allí. Por último, puse unos céspedes encima y unas piedras por señal para reconocer el sitio cuando volviera a por él.

El gobernador no aprehendió ninguna novedad ni contradicción respecto a la primera vez que le había oído decir aquella inverosímil historia. No se había movido un ápice, esa era la verdad, por lo que empezaba a pensar que tal vez aquel pastor no era el pazguato que parecía ser. Si bien, repetir una escena tan simple, pensó el mandatario, no resultaba difícil incluso para un mentecato como él.

Era pronto para perder la paciencia, pero su experiencia en el oficio ya le hacía sospechar que el caso iba para largo y que había que tomárselo con calma si quería solventar el asunto sin hacer demasiado ruido, ex-

trajudicialmente, como le gustaba a él. De lo contrario, se vería obligado a abrir cabeza de proceso con todas las consecuencias que eso acarrearía: un sinnúmero de diligencias, gastos, molestias a los testigos, así como tiempo; requeriría un tiempo que ya se le escapaba de las manos como la fina arena de un reloj.

Don Álvaro de Antequera, gobernador del condado del Real del Manzanares, sabía lo que tenía que hacer y lo importantes que resultaban las primeras pesquisas en una investigación. Preguntarle por lo ocurrido después de haber desenterrado el cofre y vuelto a enterrar en un lugar distinto era el siguiente paso lógico, pero antes tenía que distraer la atención del muchacho para que no hilase un relato con otro; de lo contrario le sería fácil recordar lo que había dicho en su primera declaración. Así pues, tras preguntarle de soslayo por algunas cuestiones que en principio no venían al caso, relativas a su edad, su lugar de procedencia, sus parientes y amigos, llevándolo dócilmente a un terreno cercano y familiar, sin apenas advertirlo lo apremió a que le contase lo que había ocurrido a continuación del prodigioso hallazgo.

—Señor, es que ya se lo he dicho, es lo mismo —protestó el pastor—: por la tarde regresé al pueblo y me dirigí a casa de mi amo para devolverle el azadón. Junto a mi amo, que ya le he dicho que se llama Juan de Felipe, estaban el licenciado Fernando González, que es el médico del pueblo, el padre de mi amo, que se llama Bartolomé, y un amigo suyo muy conocido llamado Pedro López el Joven. Jugaban a las cartas cuando llegué y me dio la sensación de que me estaban esperando, porque enseñada que aparecí dejaron los naipes sobre la mesa y dirigieron sus miradas hacia mí. Entonces trataron todo el tiempo de persuadirme a que les dijese qué es lo que había encontrado y dónde lo había puesto. Decían que no querían tomarme nada, sólo verlo, y mi amo me dijo que si se lo enseñaba me daría un borrego de albricias, pero yo no lo acepté.

—Cuando a la noche siguiente volví al lugar donde había dejado enterrado el cofre —continuó Joan Herrero—, acompañado de mi amigo Francisco de Jaras, cavé donde me pareció que debía de estar, pero no lo encontré. Los siguientes días volví al lugar, unas veces acompañado de mi amo y su padre, y otras también de Pedro López el Joven, del médico,

de mi amigo Francisco de Jaras y de un cura de Torrelaguna al que todos nombraban maestro Castro. A este último lo había mandado llamar mi amo por entender mucho de minas y eso que dicen de alquimia y matemáticas, para que alzase figura y averiguase dónde estaba el oro. Tampoco en aquellas ocasiones hallamos el cofre. Y esto es lo que puedo decir, señor, esto es lo que ocurrió, sin añadir ni quitar nada.

El gobernador paseaba por la sala mientras escuchaba aquella historia por segunda vez. Miró de reojo al pastor. Al principio le produjo indiferencia, pero unos instantes después volvió a mirarlo con una cierta conmiseración. Por lo poco que había averiguado del chico, sabía que Joan Herrero era considerado en el pueblo como un mozo falto de juicio. Había dicho en otras ocasiones que en la sierra de Guadarrama había minas de oro y plata, y que si él quería podría ser más rico que Su Majestad, pues sabía dónde se encontraban.

Joan Herrero tenía la mandíbula algo torcida y al hablar se apreciaba un siseo en el aire. Los dos dientes que le faltaban en la fila de arriba seguramente tenían algo que ver en ello. A duras penas alcanzaba los diecinueve años de edad y sus rasgos faciales denotaban ingenuidad y una total ausencia de malicia. Por el contrario, su cuerpo atlético y bien formado, y sus enormes manos, trabajadas, fuertes y sucias, desprendían una imagen distinta, más primaria, de fuerza y seguridad.

El chico llevaba tiempo aireando majaderías como aquella. Intentando vislumbrar de dónde le podían venir, don Álvaro de Antequera recordó que hacía no muchos años una especie de fiebre del oro se había apoderado de mucha gente, particularmente tras el descubrimiento de las minas de Guadalcanal, en Sevilla, de modo que no resultaba difícil que aquel majadero se hubiese hecho eco de esas especies que se expandían como la niebla en aquella Castilla yerma, exhausta y casi olvidada. Esa quimera del oro se había observado también en la Junta de Minas, la instancia que se encargaba asimismo de los tesoros ocultos, al registrar un aumento considerable de solicitudes de permisos para explorar y beneficiar yacimientos de diferentes metales.

En medio de esas reflexiones, don Álvaro de Antequera recordó que muy pocos años antes se había expedido una licencia a un hombre lla-

mado Francisco Fernández de Azagra, cuyo objeto consistía precisamente en poner en explotación los descubrimientos que había hecho en la dehesa de Navalvillar de Colmenar Viejo, en un sitio que llamaban La Saucedá, muy cerca del emplazamiento que el pastor contemplaba cada noche al resguardo de su pequeña choza mientras cuidaba de que los lobos no tocasen el ganado. De ahí podría venir lo que a todas luces parecía un embuste, concluyó el gobernador.

San Blas había quedado atrás, pero el invierno continuaba azotando los pueblos serranos del norte de Madrid. El aire que traspasaba los montes Carpetanos se enfriaba endiabladamente debido a la nieve acumulada, que aquel año había sido copiosa, garantizando una hermosa primavera con pastos frescos para el ganado y abundante agua en los arroyos.

Sentado frente al gobernador, con la mirada perdida, el semblante del pastor mudó de repente. Su cuerpo se encogía y parecía temblar. El frío de la mañana se colaba en el salón del mandatario, ubicado en la parte central de las casas del ayuntamiento. Pero lo que provocaba los temblores a Joan Herrero no era el frío, sino el anuncio de que un juez de Madrid estaba en camino para averiguar lo que había ocurrido dos meses y medio antes.

—Este embuste puede resultarte caro, Joan —le explicó el gobernador en un tono paternal—, a menos que no se trate de una invención de las tuyas y me digas lo que has encontrado. En ese caso yo podría ayudarte...

—Ya se lo he dicho muchas veces, señor gobernador: he cavado en distintos sitios alrededor de donde lo puse, pero no lo he encontrado.

—¿No te das cuenta de que es imposible creer lo que dices? Te lo advierto, Joan, el juez que va a venir no se andará por las ramas y te sacará la verdad con tormento, tanto si hay algo como si no lo hay.

—Pero señor, ya le he dicho...

—¡Calla, majadero! —cortó en seco el gobernador—. Un cofre de tres pies de largo y seis arrobas de peso no se esconde tan fácilmente sin dejar rastro alguno. ¿No te das cuenta? Ese juez actuará como un perro de presa y no parará hasta dar con él.